

CHINA: 1943*

Graciela de Garay

ALFONSO CASTRO VALLE, UNA BREVE SEMBLANZA

TIEMPO DE GUERRA

Hemos pasado momentos desdichados y momentos felices. Pero nuestro infortunio no era gran cosa al lado de tantos otros. Esto escribía Paul Eluard a causa de la devastación de la Segunda Guerra Mundial. En 1943 el planeta podía mirar su rostro: el exterminio generalizado; Enrique Fermi con sus ojillos de topo tratando de abrir la semilla atómica del uranio; Gandhi —el loco Mahatma Gandhi— enseñando a la carne a resistir, al hígado a resistir, a las clavículas y huesos y pueblos a resistir; Franklin Delano Roosevelt en Monterrey, agradeciendo el enrolamiento de 15 mil 530 mexicanos en este duro tiempo de guerra; Stalingrado, Moscú, Kiev, inmensas montañas de cenizas y polvo, de escombros en los que brillaba el milagro de una cúpula, de un ícono de una muchacha intacta; las empresas, las sólidas y respetables empresas floreciendo en este duro tiempo de guerra, encumbrando próceres vigilantes de nuestros valores y esencias perfumadas; Alan Ladd haciendo picadillo a esas sucias ratas amarillas en Birmania; las voces imantadas de Gretta Keller, de Marlene Dietrich y el grito libertario de los *maquis*, de los partisanos.

En 1943, quién lo ignora, transportarse era fácil y difícil. Vivir era fácil y difícil. La actividad cotidiana se debatía entre los aromas de la nostalgia y el heroísmo. El avión, el buque y el ferrocarril se asociaban con la aventura del mundo y con la cosquilla

punzante de los viajes. Maquinarias felices de los sueños frente a una realidad de espanto, que hacía aún más conmovedora la ingenuidad de los viajeros.

La guerra, paradoja de paradojas, sembraba la muerte pero además cosechaba la solidaridad, la esperanza, la dignidad y el amor. Entonces era posible ver mexicanos en Indochina, en Budapest, en Filipinas, iguales a los mexicanos que bailaban abrazaditos, acurrucándose, en el Waikiki, en el Salón México o libando entre el humo plateado de un Belmont extra, de un Elegantes, de un Casinos, en la dulce ferocidad de los prostíbulos. En la XEW, Agustín Lara pontificaba mientras que, en la penumbra suave y acogedora del cine Roxy, Pedro Armendáriz y Andrea Palma se besaban en *Distinto Amanecer*.

Pero en 1943 desplazarse entre los beligerantes era una tarea titánica. Muchos quedaron en el camino, al lado de una truculenta y sórdida historia de imposibilidades, de absurdos. Se requería de astucia, paciencia y suerte para salir de París, de Viena o de Praga hacia el aire libre de los escasos sitios a los que aún no llegaba el aliento sofocante de la guerra.

Alfonso Castro Valle tenía 29 años en 1943 y empleó tres meses para llegar a Chungking. Era su primera adscripción como Jefe de Misión. Joven como era, contaba, sin embargo, con una experiencia confiable y firme de trashumante. Sabía que era preciso rodear la geografía de la violencia, tal como Marco Polo, para llegar a China. Inició el itinerario en un avión militar: Nueva York, Nueva Orleans, Kingston, Paramaribo, Pernambuco. De ahí, en otra aeronave, a cruzar el Atlántico con una escala en "un punto de alfiler", que en los mapas aparecía como la Isla de Ascensión. El Africa Ecuatorial lo recibe con una vaharada de calor: Lagos en Nigeria, con la negritud vestida "con los colores del jazz". Luego a esa extraña mezcla de Nilo azul y blanco, en cuya confluencia se anida Jartum.

* Este texto forma parte de una serie de 19 entrevistas grabadas que Graciela de Garay le hizo al Embajador Alfonso Castro Valle entre abril y agosto de 1986 como parte del proyecto de "Historia Oral de la Diplomacia Mexicana". Este proyecto es llevado a cabo por la Secretaría de Relaciones Exteriores con la colaboración del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, donde se conservan las cintas grabadas y una copia de la versión mecanográfica que hizo Alicia Moreno Sánchez. Otra copia se encuentra en la Biblioteca José María Lafragua de la Secretaría de Relaciones Exteriores. En la transcripción sólo se suprimieron las preguntas para dar más fluidez a la lectura y mantener la espontaneidad propia del lenguaje hablado.

Y más adelante Asmara y Karachi y Nueva Delhi y Assam hasta Kunming, lleno de "cafés de chinos". El 11 de abril de 1943 llegó, por fin, a Chungking, donde fue recibido con todo el protocolo y la cortesía de una China convulsionada por el cambio y la renovación.

Con su rica sensibilidad, Alfonso Castro Valle va adentrándose en importantes fragmentos de la historia contemporánea. China es el mundo más poblado del mundo y él no trata de entenderlo sino de vivirlo. A sus 29 años tiene un notable parecido con Hemingway, más acentuado aún con el correr del tiempo. Esa misma vitalidad, que es la inteligencia del corazón, lo va moldeando y dirigiendo hacia una nación que trataba de salir de su aislamiento secular y que pasaba, con celeridad sorprendente, del imperio de Pu-yi a la República de Sun-Yat-sen, al nacionalismo de Chiang Kai-shek y a la revolución socialista de Mao Tse-tung. Al entrar a China, Alfonso Castro Valle encontró su auténtica vocación diplomática, la del hombre de decisiones instantáneas, la del diestro negociador que, con una fácil informalidad, resolvía problemas de la mayor importancia y complejidad. De la acción ya no saldría sino hasta su retiro, en 1982.

TIEMPO DE PAZ

Alfonso Castro Valle vive ahora un tiempo de paz. Es un diplomático de carrera con intensas experiencias. Ingresó al Servicio Exterior en 1933. Vivió desde muy joven en Nueva York, y al llegar a México estuvo bajo las órdenes de Salvador Novo, entonces Jefe de Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En su primer puesto como escribiente de la Legación de México ante la Sociedad de Naciones, en Ginebra, aprendió con grandes diplomáticos: Isidro Fabela y Manuel Tello. En Bruselas trabajó con Gonzalo N. Santos. En Francia conoció la guerra y la complejidad de la tarea consular al proteger a compatriotas y a refugiados, como era el caso de los republicanos españoles que huían de la guerra civil.

En la Organización de las Naciones Unidas colaboró con Luis Padilla Nervo y con Rafael de la Colina; dos de los más grandes diplomáticos mexicanos de este siglo. Tiempo después, Jaime Torres Bodet le pidió su colaboración como Director de Publicaciones de la UNESCO y, de ahí, la vuelta a la diplomacia; es nombrado Director del Ceremonial y pone en juego su difícil habilidad de conocer a la gente de una primera aproximación, casi siem-

pre certera, y su trato fino y natural que es su propia forma de profundidad y afecto.

Después de 26 años de servicio, Adolfo López Mateos lo nombró Embajador en Japón, concurrente en Indonesia. De Tokio salió a Praga, donde vivió la invasión soviética de 1968. En 1971 asumió el puesto de Embajador en Turquía, concurrente en Teherán y Pakistán. En Ankara fue testigo de la invasión de Chipre por los turcos en 1974. Cerró su carrera en Suecia en 1982.

Alfonso Castro Valle es un narrador sobresaliente, ameno y bien intencionado. Conversador lúcido que sabe dosificar sus relatos, que ve siempre más allá de los hechos. Hombre apasionado y activo, supo servir a México en el exterior sin renunciar a sus arraigos. Hombre de mundo y de su país, tiene aún mucho que decir a las nuevas generaciones de diplomáticos mexicanos...

CHINA: 1943

Legué a los Estados Unidos por arreglos que hizo la Embajada de México en Washington para que el ejército norteamericano me trasladara de Washington hasta Chungking, por medio de aviones militares. No se trataba de un avión en particular que saliera de Washington para terminar en Chungking, sino que era un avión militar.

El viaje duró cerca de tres meses. Para llegar tuve que cambiar por lo menos quince aviones. A veces era un DC6 o un DC3, que eran los jeeps del aire.

En Nueva York y en Washington debí pasar por el mismo tamiz por el que pasaban todos los que iban al Lejano Oriente, a Chungking, sobre todo, donde había epidemias endémicas, (cólera, difteria, etc.). Cerca de un mes permanecí en Estados Unidos en espera de que hubiera una oportunidad para irme; mientras, experimentaba las reacciones de las inoculaciones.

Finalmente, me dieron luz verde. Me adelantaron los viáticos porque sabían que iba a un lugar donde difícilmente podría yo recibir más dinero, y era el ejército americano el que me hacía llegar las remesas de dinero que me mandaba mi gobierno, de tarde de tarde.

Por fin, salgo de Nueva York. Para ese entonces, los Estados Unidos ya estaban en guerra, después de los sucesos de Pearl Harbor. Llego a Nueva Orleans y de allí a Kingston y luego a Pernambuco, donde pasé una noche. Salimos a la Isla de Ascensión, un punto de alfiler en medio del Atlántico.

De la Isla de Ascensión, escala de barcos y aviones, se llegaba a Lagos, en el África Ecuatorial. La

distancia entre Pernambuco y Lagos necesitaba forzosamente de ese trampolín que era la Isla de Ascensión.

Ascensión es donde, durante la guerra de Las Malvinas, de triste memoria, pasaban las flotas británicas, para luego enfrentarse a los argentinos.

La Isla de Ascensión era muy importante, pues era el punto medio del viaje que teníamos que hacer. Los pilotos me platicaban que era muy loable que el navegante de esos DC3 pudiera guiar el avión justo a Ascensión, porque si se desviaba un milímetro se perdería en el Atlántico. Esto fue después de que ya los submarinos alemanes andaban muy cerca tratando de cazar a los aviones, debido a que éstos iban desarmados. Tenían que transportar todo lo que fuera pertrechos de guerra, pero no estaban armados propiamente. Además, transportaban personal, oficiales... y entre ellos al pobre Encargado de Negocios de México que iba hasta Chungking.

Todo esto me recuerda lo que justificaba al ejército americano a transportar, en época de guerra, a un mexicano. Siempre estaba en categoría de copiloto para tener buenas camas en los lugares donde aterrizábamos; entrar con los oficiales y que no me fueran a meter con los G.I., *general issue*, como soldado raso.

En Ascensión dormimos unas dos o tres noches, no recuerdo, pero inicié una camaradería con los pilotos y los muchachos. Siempre se cambiaban, porque como era una cuestión de prioridad, primero salían los pilotos, y después los oficiales. Así, tenía yo que esperar a que hubiera un lugar en el avión que me conduciría al final de la ruta, a Chungking.

De la Isla de la Ascensión pasamos a Lagos, mi primera impresión del Africa Ecuatorial: los colores que la gente usaba en sus túnicas se me hacían como los colores del jazz, los colores que la música negra tiene en sus tonos.

Llegamos a Jartum, donde pasamos varias noches. Jartum fue para mí, geográficamente, muy interesante; ahí se unen el Nilo azul con el Nilo blanco, muy cerca de las cataratas del Lago Victoria.

El ejército norteamericano había hecho crecer la economía de Jartum. Aquí nos fuimos a un hotel donde estos pilotos tenían un entretenimiento, un show... de cuatro muchachas austriacas, que ahí bailaban. Y yo me preguntaba, junto con los demás, qué caídas habrían pasado estas pobres muchachas, que de Austria, y guapas las chicas, vinieron a parar en Jartum. ¡Qué horror!

Y el calor en Jartum ¡Qué calor! Cuando llegamos al aeropuerto y las puertas del avión se abrieron — avión militar, sin aire acondicionado, ni nada de eso— entró una ola de calor tan grande, que recuerdo que al bajar fui a una llave, me eché agua en la cara, y pensé: "voy a buscar una toalla". No hubo necesidad. El agua se evaporaba en el acto.

De Jartum fuimos a lo que había sido una posesión italiana en Eritrea, Asmara. Asmara era algo extraordinario, hasta trolebuses tenía.

Asmara estuvo en manos de los italianos, buenos colonizadores, como los romanos en su época. Ahí descubrí por vez primera la Vespa, la motocicleta que los italianos hacían por millares.

Asmara era un lugar de almacenamiento de los americanos. Ahí llegaban todos los pertrechos de guerra que debían pasar para Arabia, la India y China. Era una base muy importante, pero lo que más me llamó la atención siempre pensando en México, fueron las vespas; me pareció un indicio de que los campesinos italianos habían saltado del burro a la Vespa. En Asmara tenían mucho éxito. Creo que esta ciudad era la más civilizada del Africa Ecuatorial, y en ella permanecimos algún tiempo...

De Asmara volamos a Karachi. La idea de sobrevolar esta gran distancia fue porque los árabes de ese lugar eran muy feroces. No querían involucrarse en la guerra ni que los aviones tocaran aeropuerto alguno. Los pilotos me decían: "Aquí no nos gusta sobrevolar porque si les tenemos miedo a los submarinos que están entre Ascensión y Lagos, por otro lado, tenemos más miedo de volar de Asmara a Karachi. Los árabes, aquí, cruzados con los nubios, son muy fuertes y muy salvajes. Mutilan a los americanos que llegan a caer de casualidad aquí; los matan. Esto es peligroso para nosotros."

Diciéndome eso, caray, y yo viajando con camisa del ejército norteamericano. Dije: "No, me la quito y me pongo 'Viva México', o alguna otra prenda mexicana." Por desgracia, tuvimos que aterrizar en Aden, por fallas en el motor. Llegamos de noche. Recuerdo que se oyeron algunos tiros en el aeropuerto que los americanos tenían para emergencia. Dormimos en unas barracas...

Al día siguiente fuimos a la ciudad. De donde nos encontrábamos podía verse el palacio del Sultán. Pensábamos que sería una ciudad como Bagdad o una de las mil y una noches... Llegamos a las proximidades de la ciudad y lo primero que vimos fueron a unos feroces guerreros... cruza de nubio y árabe... que nos pararon amenazadoramente. Nosotros íbamos en son de paz a visitar la ciudad aquella, pero lo que hallamos fue esa hostilidad.

Traíamos un guía, por supuesto los americanos son muy precavidos en este sentido, y el guía nos dijo: "Están diciendo [los guerreros] a ustedes que no fumen en la ciudad porque el Sultán lo ha prohibido". Entonces, los muchachos tiraron sus cigarrillos.

Entrar a la ciudad fue como abrir una página de la Biblia: la ciudad más sucia del mundo. Todo eran barracas... lo único hermoso eran las cúpulas del palacio del Sultán... las calles sin pavimentación alguna... Vi cómo en un mercado vendían carne con algo que creí eran pasas, pero no... eran moscas...

Dimos una vuelta por esa ciudad tan atrasada, y pensábamos que qué tipo de sultán sería ese que prohibía, por razones sanitarias, fumar en la ciudad, cuando esa gente vivía miles de años atrás...

Dejamos Aden y llegamos a Karachi, en donde tuve una sorpresa muy agradable. Karachi aún era parte de la India. Tenía sus carrozas, *calandrias* más bien. Era una ciudad antigua con jardines muy lindos. Los ingleses llevaban un poco más de civilización a los lugares que colonizaban. Karachi era una ciudad muy interesante.

Me llamó la atención un restaurante que se llamaba "La Casita". Por aquel entonces, en México, estaba de moda una canción, titulada "La Casita". Decía: "Que de dónde amigo vengo, de una casita que tengo..."

Fui a ese restaurante en Karachi. Para mi gran sorpresa tenía en el menú platillos mexicanos. "¿Oiga usted, cómo es esto posible?" — le pregunté al dueño. "Por aquí han pasado — me contestó — rumbo a China o a otros lugares muchachos mexicanos... También un escuadrón norteamericano de pilotos mexicanos..."

Esos mexicanos, siempre muy unidos, se habían casi posesionado del restaurante y le habían enseñado al hindú a preparar comida mexicana. Y así comí en Karachi mole, tacos... fue una sorpresa.

De Karachi partimos a Nueva Delhi. Aquí compré una máquina de escribir, pues me habían dicho que la vida era aún muy primitiva en Chungking.

La India me dio la impresión de ser una sombra de la humanidad. La gente lo miraba a uno con unos ojos muy tristes... de una tristeza cósmica.

Nueva Delhi preciosa. Gran lujo, gran arquitectura de los edificios británicos... Palacios y templos hermosos... pero la gente otro mundo... La India, para mí, fue una cosa triste.

Llegamos por la tarde a Kunming, en China. De inmediato, me condujeron a una casa de los americanos. Al día siguiente, al abrir la ventana, en con-

traste con esa sombra tan terrible que oprime el corazón de ver a los hindúes morir de hambre, observar a los chinos, todos sonrientes, muy activos; me dieron la idea de ser la niñez del mundo.

Mi impresión fue terrible, similar a la de algunos filósofos cuando llegaron al mar — "Ay, Dios, cuánta agua" —; así yo: "Dios mío, cuánto chino." Eran millones. Yo sólo estaba acostumbrado a verlos en los cafés de la calle de López. Por cierto que Renato Leduc me decía: "Oye, Alfonso, te vas a hacer rico". "¿Por qué, Renato?" — le decía yo. "Pues sí — respondía —, vas a comer en puro café de chino. Te va a salir muy barato." Renato tenía cada ocurrencia...

También me decía: "Dedícate a la trata de amarillas, es muy importante eso". "Renato — le cuestionaba yo — ¿cómo que a la trata de amarillas?" "Sí — me contestaba —, porque no está prohibido. Está prohibida la trata de blancas."

Mi llegada a Chungking la tengo muy presente. Ningún representante oficial chino estuvo presente a mi llegada en el aeródromo militar de los americanos, que estaba como a veinte kilómetros de la ciudad.

Los funcionarios del Ministerio chino de Relaciones Exteriores sabían de mi llegada pero como yo no había podido enviar un telegrama para pedirles que me esperaran, nadie me recibió.

Mis compañeros de viaje fueron Harold Smith, Primer Secretario de la Embajada americana, y Bart Richards, Agregado Comercial de la misma. Ambos me invitaron a llegar con ellos hasta la propia Embajada, desde la cual podría ponerme en contacto con la oficina del ceremonial del Ministerio de Relaciones Exteriores. Me sentí incómodo. No quise dar la impresión de que buscaba el apoyo de la Embajada americana. El sentimiento desapareció ante la gentileza y el compañerismo del Señor John Carter Vicent, Encargado de Negocios.

Llegar a la Embajada de los Estados Unidos fue muy afortunado. Los americanos celebraban la inauguración de su hotel para oficinas y alojamiento... Previa explicación del Encargado de Negocios, sobre las circunstancias que rodearon mi llegada, fui presentado a los más altos funcionarios del gobierno chino que estaban invitados a la ceremonia con los jefes de las misiones extranjeras, que eran muy pocas, 12 ó 13. Había diplomáticos de Inglaterra, Francia, Holanda, Portugal... y de la América Latina solamente México...

Chiang Kai-shek había tenido una experiencia algo desagradable con América Latina. Y es que el enviado de Perú visitó primero, a Wan Ching-wei,

gobernante espurio de los japoneses en Pekín. El hecho no agradó a Chiang Kai-shek, quien insistía con Torres Bodet para que nombrara a un Encargado de Negocios mexicano o a un Embajador, o Ministro, ya que para entonces nuestra representación tenía categoría de Legación.

En la inauguración del hotel de los americanos conocí, desde luego, al Ministro chino de Finanzas, H. H. Kung, a los dos viceministros de Relaciones Exteriores, K. C. Wu, y a Víctor Hoo. Todo fue favorable para mí. Luego de las cortesías pude hablar con ellos.

Los americanos fueron muy amables y querían que pasara la noche ahí. Pensé que lo mejor sería no aceptar. A insistencia del Viceministro chino de Relaciones me alojé con un funcionario del protocolo. El pobre tuvo que cederme su cama, en tanto me conseguían una habitación en el "Chialing House" el único hotel en Chungking.

Al día siguiente, Chungking fue algo fantástico para mí; en primer lugar, los ruidos de la ciudad

eran impresionantes y hermosos. Había una mezcla de ellos, un "hai-ya", con un "hei-to". El "hai-ya" venía de quienes construían, con basalto, los refugios contra los bombardeos japoneses. La gente, con unos marros cuyos mangos eran de bambú, largos y elásticos, golpeaba atinadamente con fuerza la piedra, exhalaba un grito: "hai-ya".

El otro tono lo producían quienes transportaban gente en la silla sedán, y a cada paso exhalaban un "hei-to". Así, los ruidos que se mezclaban en Chungking eran "hai-ya" con "hei-to".

Recuerdo que en Chungking había unas personas que recorrían la ciudad para recoger el desperdicio... pero humano. Era el fertilizante que tenían en esa época, y no podían desaprovecharlo. Usaban unas campanas de singular resonancia que se mezclaba con los "hei-to y hai-ya".

Las casas eran de bambú, frágiles, con facilidad se incendiaban luego de los bombardeos. Manzanas enteras ardían. Todo lo que los chinos utilizaban estaba hecho de bambú: mesas, sillas, vigas...



El Encargado de Negocios de México Alfonso Castro Valle saludando al Presidente Chiang Kai-shek, en Chungking en 1943. (Foto de C.Y. Hu).

Partido a la mitad, era perfecto para los caños. Hasta las raíces del bambú se comían. Era tan importante el bambú en China como el maíz en México.

Chiang Kai-shek tenía una casa de verano, lejos de lo que era su palacio de gobierno. En una ocasión, el Embajador de Holanda, Señor Löving, me invitó a caminar por las montañas, cerca de donde estaba la casa de verano de Chiang Kai-shek.

Cuando llegamos ahí, unos soldados nos dijeron que no podíamos pasar por ese lugar; que debíamos irnos por otro lado. Nos fuimos. En ese momento, pudimos observar que Chiang Kai-shek pasaba revista a sus guardias. Vimos que se comportaba como emperador y no como el presidente que era. Su gabinete lo estaba esperando. Chiang Kai-shek llegó vistiendo la capa que siempre portaba para pasar revista. Hizo una señal y el Ministro de Finanzas corrió para quitarle la capa. Chiang Kai-shek, delgado, atlético, empezó a caminar, y detrás de él, con pasos veloces, su camarilla, toda su gente, gordos y flacos. Regresó y subió a una silla sedán, desde la que observó, en varias vueltas, a sus guardias... Y todo el gabinete corría detrás de Chiang Kai-shek; un señor absoluto.

El Embajador de Holanda comentó: "Es un emperador este hombre... nada de democracia."

Mi primer impresión de China fue la encontrar-me en un país completamente feudal.

Quiero contar una anécdota, que es una belleza. Mis cartas de gabinete las entregué personalmente a Chiang Kai-shek. Se entregaban, por lo general, al Ministerio, pero para darle a México mayor prestigio, un poquito a los latinoamericanos, se me hizo pasar ceremoniosamente a entregárselas yo mismo... Se me trataba como si fuese Embajador, y así podía entrevistarme con los ministros, sin que el protocolo tuviera que arreglar las visitas.

Conocí de esta forma a Sun Fo, Ministro de Industria, hijo de Sun Yat sen. Sun Fo sabía de la Revolución Mexicana. Su padre le había hablado de México.

Sun Fo quería que yo ofreciera una conferencia sobre la Revolución Mexicana, y se comprometió a invitar a jefes y secretarios de Estado...

Cuando terminé la conferencia conocí a una joven china muy inteligente. Ella era Kung Peng, esposa, después, del Ministro de Relaciones Exteriores, Huan Hua... Kung Peng era el contacto entre Chou En-lai y los diplomáticos. Me pidió que diera esa misma conferencia, pero ahora ante Chou En-lai. Le dije que sí, que con mucho gusto, pero que yo estaba acreditado ante el Kuomintang, y que por

razones de prestigio para México, no deseaba yo que el Kuomintang protestara porque fuera a ver a Chou En-lai, adversario de Chiang Kai-shek.

Kung Peng me dijo que no me preocupara, que ella me llevaría, pero que tendría que ser de noche. Además, Chou En-lai, dijo Kung Peng, me invitaría a cenar.

Chou En-lai, de uniforme, de un carisma fabuloso, y hablando un muy buen inglés, me impresionó muchísimo. Su personalidad era agradable y acogedora... Sus ojos, chispeantes, inteligentes... Junto a él estaban Chu Teh, jefe de las fuerzas armadas chinas, y otro militar, cuyo nombre no capté. Chou En-lai, muy amable, me invitó a cenar, e inicié mi plática sobre la Revolución Mexicana. Kung Peng traducía al chino porque Chu Teh y el otro militar no hablaban una palabra de inglés.

Cuando terminé, Chou En-lai comentó algo en chino a quienes lo acompañaban. "¿Qué dijo?" —le pregunté a Kung Peng. "Después te digo", —contestó.

Me despedí, impresionadísimo, de Chou En-lai. En el vestíbulo del "Chialing House" cuando estaba a punto de irse Kung Peng, la llamé y le dije: "Por favor, dime qué dijo Chou En-lai." Kung Peng contestó: "Te lo voy a decir: ya ven, señores, cómo hay otra revolución, no nada más la soviética."

Chou En-lai tenía idea de qué revolución deseaban. No necesitaban importar o copiar una... y esa fue la oportunidad que los Estados Unidos perdieron. No entendieron que ese país feudal necesitaba de una revolución o evolución; cambiar de sistema, que no tendría que haber sido soviético, sino democrático, a lo mejor a la americana. Todo el mundo pensaba a la americana... Todos los ministros de Estado se habían formado en los Estados Unidos. El único que no hablaba una palabra de inglés era Chiang Kai-shek...

Esta fue una de las razones por las que sentí muchísimo que personas como el Encargado de Negocios americano, John Carter Vicent, y los secretarios Davis y Service, fueran cesados del servicio exterior de su país. El Departamento de Estado pensaba que lo que ellos informaban estaba en contra de la política exterior de los Estados Unidos. Ellos decían que China necesitaba evolucionar, cambiar de sistema, y que ese sistema podría ser una democracia... "a la americana", pero como por otro lado triunfaban Mao Tse-tung y Chou En-lai, y quienes ayudaban a éstos eran los soviéticos, los americanos retiraron a esas gentes que les pronosticaban lo que ahora ha pasado en China: han abierto sus puertas después de tantos años y son

los americanos quienes han acudido a apoyar ese movimiento pseudodemocrático, o como se quiera llamar. Lo que ocurre ahora en China es lo mismo que hubiera pasado antes, recordando las palabras de Chou En-lai: Hay otra forma de hacer una revo-

lución, no nada más la soviética.

· Este es un momento de la historia de China... Por mi parte, tengo más anécdotas que dejaremos para otra ocasión...